



Crónicas de Salvador Reyes

Edwards Bello decía: "Solamente la actualidad deja asomar la salubridad interior del periodista en pequeñas cantidades, como la calderilla o el sello de un Rockefeller en la más visible de su fortuna en la vida corriente... El periodismo es el balneario y la forma primaria del pensamiento superior susceptible de transformación y perpetuidad".

Desde el comienzo de su vida de diarista Salvador Reyes basó sus temas en una suerte de discrepancia con las costumbres y aspersiones del medio, acritud a la que le llevaba una fuerte naturaleza protestante que enriquecía su fecundidad. Esa desconfianza y permanente irritación movía los temas de sus artículos, a los cuales agregaba una fuerte dosis de su riva fantasía o de un esnobismo patriótico si usaba seriamente acontecimientos históricos, marítimos y los problemas limítrofes. Pero sin perder nunca el suelo que pisaba mirando cara a cara a su interlocutor, al querido y paciente lector.

Las crónicas, su devoción cotidiana, venían a su encuentro vagabundando por las calles como el pajar que "sale" a picar mirando los pasteles en la misma naturaleza. Además no tenía trabajo en su tarea. Porque sólo en escasas oportunidades los temas le eran impuestos por una orden de la redacción.

Estas crónicas que ahora publica la Editorial Portada, son la primera y acaso la única compilación de estas breves mensajes que no tienen otro fin que gozar algo en forma anónima. Y es por eso que se leen con el mismo interés de un diario íntimo. Hay en ellas rasgos biográficos, confesiones personales extremadamente en el natural, pasar de las cosas que suceden a todos.

En ellas no juega, sino en escasa medida, la ironía y lo burlesco. Todas tienen la tonalidad de lo que se improvisa. Y siempre parecen un diálogo imaginario entre el autor y el lector.

El libro que casi alcanza las 400 páginas, lo componen una centena de cortas crónicas, tras un magnífico prólogo de René Silva Espejo, ordenadas bajo rubros que incluyen el carácter nacional, el género humano, las regiones de Chile, la naturaleza y los animales, la vida diaria.

Salvador, creo, era en el momento de morir, junto con muy pocos otros que han caído voluntariamente su vez, el último de una generación de escritores que, sin abandonar las letras, eligieron en el periodismo, hicieron hogar en él, pese a la obra realizada en el campo literario y sus sucesos académicos.

Las crónicas de Salvador tienen por esa calidad junto a su fuerte colorido y amenidad. Su lenguaje es puro y fluido sin vulgarismos ni barbarismos. Hace un arte de la crónica libre como sobreviviente en la gran prensa plantando la insignia de su valor en un extremo de la página de los editoriales de El Mercurio.

Para explicar este libro no halla nada mejor que cometer un crimen, un descortésamiento: hacer la crónica de sus "Crónicas".

Y vamos adelante sin escrupulos.

En una tarde solada que le brinda el invierno, el autor se pasea con un amigo por el Parque Forestal, cuando se le atraviesan tres muchachas vestidas de mamarrachos... Observándolas el amigo empieza a desarrollar una curiosa teoría que paso a resumir:

—Felizmente las mujeres se están alejando cada día más y desaparece la coquetaría. Esta está muy bien porque hay que terminar con la bella femenina, la cual es un elemento malo, desquiciador de la sociedad... Basta bajar la historia: Marco Antonio liquidado por Cleopatra; Federico de Baviera enloquecido por Lola Montes, pierde el trono; Mamma Lisa, una mujer vulgar, no tenía esa suerte que sólo el genio de Leonardo creó para sus tablas.

Ese mismo o un parecido interior está que no es sino un doble de Salvador, arguye en su crónica sobre la educación sexual que trata de emprenderse con los niños:

—Si yo fuera un educador enseñaría a los niños a descubrir las alegrías de la vida, me reorientaría por orientarlos hacia el camino de la felicidad sexual: trataría de infundirles el amor por los animales y las plantas, el odio a la crueldad y el egoísmo... Pero como no soy un educador ni guía de ningún niño me quedaré observando desde mi rincón la obra de "los expertos promotores de la tristez".

Ahora arremete contra la terrible descortesía del chileno:

—Me acerco a la ventanilla de una oficina y digo: "Buenas tardes. Soy fulano de tal. Me han indicado que debo firmar aquí mis papeles". El empleado me mira desde su pequeño escritorio y sin decir una palabra se levanta, busca un legajo y me tiende unos formularios. Firmo y pregunto: "¿Esto es todo?". El empleado hace un signo afirmativo con la cabeza. Agregó: "Gracias. Adios". Mis palabras quedan sin respuesta.

Luego en la noche a un hotel central en Valparaíso. En la recepción hay dos señores bien vestidos que parecen administradores o dueños. Uno lee un prospecto. También hay un portero. Digo: "Buenas noches. Por favor la llave del número tan-

to...". Nadie me contesta. El portero roge la llave del tablero y me la entrega sin pronunciar palabra.

—Un día entré a visitar a un viejo amigo, dueño de una librería. De paso me detuve a mirar unos volúmenes. Se me acercó un empleado que me interpeló: "¿Digo?".

Le respondí: "Yo no digo nada"... Los comerciantes santiaguinos son de una mala educación paumosa... La sonrisa no es chilena. Por lo menos no es santiaguina... En Santiago existe mucha gente que sin conocerse, se detesta. "Hay miradas que arañan", decía Edwards Bello.

El cronista llega a un hotel, un buen hotel, porque desea pasar confortablemente unos días de descanso. Primera dificultad: en el hotel se le explica que no hay habitaciones "singlas". "Ud. deberá pagar las dos camas". Al cronista esto le parece un poco insolente pasarse la noche cambiando de lecho para justificar el pago, y se marcha a otro hotel donde consigue una pequeña habitación. Pero al entrar tiene que contener una exclamación de sorpresa. El cuarto tiene empapelada con diarios una pared entera. "¿Qué exquisita atención!" se dice entonces. "Sin duda en este hotel están enterados que yo soy periodista"... Salido es que no hay nada mejor para gozar de un buen suceso que leer un rato antes de apagar la luz. De rodillas se pone sobre la cama para leer aquellas páginas pegadas en la pared. Después duerme espléndidamente. Ha gastado solamente 22 sueldos. No le han cargado a la cuenta el diario del 12 de octubre que había en la pared. Sorpresa del turismo.

—Cierta española acostumbraba a decir: "El clima de Chile es más bonito que bueno".

—Una enfermedad de cuidado, pero que no puso en peligro mi vida, me retuvo seis días en el pensionado de un hospital portado. Se publicó que había sido víctima de un ataque cardíaco; unos reporteros fueron a preguntar si ya me había movido y un canal de televisión pretendió "televisarme" en cama, ni más ni menos que si yo hubiera sido Sofía Loren después de dar a luz... Había que prever el "impacto". El fallecimiento repentino, el accidente de tránsito, lo más espectacular y sangriento posible, porque eso es lo que interesa...

Escribió en su última crónica que cierra esta colección: En una lejana ciudad conozco un club muy exclusivo: el de los viajeros. Es confortable y hasta yo diría, lujoso... Allí no se habla del costo de la vida. Se evocan personas que se conocieron, amigos perdidos, barcos, aviones, trenes... También señalan una fecha: la de la próxima partida... Después se va cada uno por su lado. Y relejando esta crónica pienso que era como el anuncio de sus últimos días, era lo que buscaba con afán. Ese Club de los fantasmas viajeros.

Hector Fuenzalida

Crónicas de Salvador Reyes [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas de Salvador Reyes [artículo] Héctor Fuenzalida.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile